

INCUNABLE

COLEGIOS MAYORES SACERDOTALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
Núm. 19 - Marzo 1950 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3 - Apartado 116

DON MIGUEL AL-CASIRI, sacerdote maronita, en el segundo centenario de su venida a España (1749-1949)

A Su Excelencia el Jefe del Estado español, bajo cuyo caudillaje, como en tiempo de los Reyes Católicos, vinieron los maronitas a disfrutar de la caudalosa y noble cultura española.

Panorama histórico

Desde que se empezó a hablar de orientalismo en Europa no se dejó de nombrar a los ilustres maronitas que estuvieron a la base de todo el movimiento intelectual del Occidente hacia el Oriente: Gabriel al Sioni o Sionita, y Abraham el Hekli o Echellensis (s. XVI), ambos destacadísimos profesores del Colegio de Francia en París y antiguos alumnos del Colegio Maronita de Roma.

Como ellos, una serie no interrumpida de ilustres discípulos del Colegio Urbano, de la Propaganda y de la Gregoriana, repartidos en todos los centros católicos del Occidente, nos acompaña a lo largo de nuestro camino en los siglos que van de la mitad del siglo XV a nuestros días.

Salamanca, sin falta, tuvo los suyos, ya que desde el siglo XIV Clemente V había mandado a las cinco Universidades de entonces tener una cátedra de lenguas orientales.

No fueron tampoco las primeras relaciones entre el Líbano cristiano y la España católica. Flores, en su volumen XIII de "España Sagrada", nos habla de un Obispo de

Hispana", Miguel Garcí, llamado Al-Casiri, ha sido un sacerdote maronita de un interesantísimo pueblo del Kesruan (provincia central del Líbano) llamado Gazir, en que terminan las últimas revoluciones geológicas del montañoso Líbano.

Allí vió la luz hacia el año 1705. Luego de haberse educado entre sus familiares en un ambiente completamente religioso, fué enviado al Colegio Maronita de Roma, fundado desde 1584 por el Papa Gregorio XIII, laureándose en Teología y dedicándose luego a la enseñanza de esta misma en el Colegio de los monjes maronitas en Roma, y de las lenguas orientales, en los centros intelectuales de la ciudad de los Papas.

En 1736 Clemente XII envió como teólogo al sínodo provincial maronita que se celebró en el Monte Líbano en aquel año.

De vuelta a Roma, encontré con el gobernador de Jaca, don Felipe Ramírez, con quien decidió de venirse a España para emplearse en la Inquisición como intérprete de lenguas orientales. No había sido el primer español que trataba —en sus memorias aparecen muchas amistades trabadas ya desde

EDITORIAL

Comentario a la Cuaresma

Cuando este número aparece se encuentra en toda su plenitud la Cuaresma. Y quisiéramos dedicarle un comentario basado en un manojo de hechos indiscutibles y muy consoladores.

El primero es que la Iglesia sigue "llamando". Asistimos durante todos estos días a una auténtica movilización total de cuantas fuerzas dispone en orden a la santificación de las almas.

El segundo, importantísimo, es que el pueblo responde. Señalémoslo con íntimo gozo. Nuestras iglesias, llenas; los Sacramentos, frecuentados; la predicación, oída en mayor abundancia; la sensibilidad cristiana, más despierta... vienen a unirse a los sacrificios voluntarios que un núcleo no despreciable de católicos sabe imponerse. No es raro oír: "No voy al cine... no fumo... durante la Cuaresma." El pueblo cristiano vibra al unísono con la Iglesia.

Y esto no sólo en las zonas que están en permanente contacto con ella, sino incluso en aquellas otras que el resto del año permanecen alejadas. Las misiones, los ejercicios espirituales, las conferencias cuaresmales tienen esta virtud. Podrá parecer poco, pero ya es algo este contacto arual con las almas, que de esta forma logran mantener enhiesta una actitud habitual de reconocimiento de los derechos de Jesucristo sobre ellas.

Junto a estos dos hechos fundamentales podemos colocar con no menor corsuelo un tercero: Los sacerdotes van respondiendo a ellos. El mandato de la Iglesia y la apetencia de las almas encuentran eco en centenares de sacerdotes que se esfuerzan por responder con auténtica abnegación y entusiasmo. Hoy "se trabaja". Nadie puede negar ni tergiversar este hecho. La Cuaresma pone en máxima tensión todas las energías sacerdotales. Cada año puede decirse que con nuevo brío. Se trabaja mucho y no es ya infrecuente el hecho de llegar a los días de Pascua completamente rendido.

Señalemos estos hechos con alborozo. Pero no nos quedemos en ellos. La Cuaresma, que es tiempo de santificación para el pueblo cristiano, lo ha de ser también para los sacerdotes, que son sus guías. Sería triste que todo se quedase en actividad exterior sir que ésta no surgiese a mejorar y afervorar más y más la interior. El paso del sacerdote ocioso al sacerdote trabajador está dado. Ahora falta que seamos capaces de dar el otro: Del sacerdote trabajador al sacerdote santo.

No olvidemos en trance tal el valor que para ello pueden tener los mismos ministerios. El sacerdote no sólo da, sino que también recibe. Si cuida de tener su ánimo abierto a las lecciones que el mismo pueblo cristiano le ofrece en estos días no le faltarán estímulos para un cuidado más exquisito y un entusiasmo siempre creciente en el cultivo de su vida interior.

INCUNABLE

Perspectivas de la juventud en la segunda mitad del siglo XX

Por JESÚS LOPEZ MEDEL

A Juan Aparicio, director de "El Español—uno de sus mejores títulos junto a su gran sentido de la vida y de la juventud—, Premio Africa del año pasado.

Iba a despedirse el año 1949, y Marañón, en Sevilla, con su aplomo certero, habitual, declara que el mayor defecto de la juventud actual es que duda del porvenir. La afirmación, de sabio anatómico, desorienta sin duda la impresión general que otros intelectuales tenían de nosotros y hasta paraliza nuestra propia contemplación en cuanto a nuestro quehacer histórico.

Unas semanas antes Cossío había escrito que lo que se ha venido llamando virtudes en la juventud—rebeldía, generosidad, impulso—son, en realidad, defectos.

Benavente, a la par, hace repetir por todos los escenarios de España y América a uno de los personajes de una de sus últimas obras, de "Abdicación", este interrogante: "Si la juventud no nos salva, ¿quién nos salvará?"

Ortega y Gasset, que ha paseado nuestra urdimbre española—don José será siempre español por la humanización de sus problemas—victoriosamente por Europa y Estados Unidos con motivo del centenario de Goethe, unos meses antes, ha vuelto a asegurarnos, con las mismas palabras que en "Misión de la Universidad", hace muchos años, la oportunidad de nuestra presencia: "Llegan ustedes en una hora feliz..." El sujeto pasivo, el auditorio directo eran unos universitarios huídos de la zona soviética en Berlín.

Estamos lejos—dejamos otras citas curiosas—de lograr—los que no hicimos la Cruzada, pero tampoco ninguno de los males que aquejan al mundo—una perfectividad generacional ni acaso una uniformidad en nuestro ser jóvenes. Diez años de pregonar unas ideas y un nuevo enfrentarse ante la vida son pocos para hablar de frutos. No se equivocan los hombres ya maduros que aotian esa creencia nuestra, casi vanidosa, de sentirnos llamados a resolver o realizar una misión grande como uno de nuestros defectos.

Había de ser así tras dos guerras hechas casi por la misma generación y una nacional. No podemos achacarnos ninguna partición efectiva en ese balance que se ha hecho con motivo de la entrada en la segunda mitad del siglo XX. No hemos inventado grandes cosas, no tenemos libros—acaso "La espera", de José María Valverde—que nos califiquen ni merezcan cita bibliográfica; no hemos participado en una obra de gobierno. Existe, sí, una ligazón, un deseo de unión de los que rayan los treinta años—Lain Entralgo, Corts Grau son unos de ellos entre otros—en nuestro trabajo y actitud.

Pero, en general, no hemos merecido en esos resúmenes—que por periodísticos no debieran ser menos visionales y exactos—una alusión, una palabra de aliento, un interrogante siquiera de posible esperanza, en cuanto a la juventud, rayana en los veintitantos, que sigue a la del 36, que está con un pie en la Universidad y otro fuera de ella. Quizá por tener razón Cossío: nuestras armas, además de la experiencia trágica por tocarnos vivir una serie o estado de cosas que se han hecho presunciones mezquinas casi del vivir, son la generosidad, la rebeldía, el optimismo. Por eso ante tal estado de circunstancias hoy la juventud española advierte sentirse revolucionaria. Por eso siente también en sus entrañas deseos de dar su vida en esta lucha diaria, batalladora, sin tergiversación de principios. Dar su vida como el veterano capitán de la Legión ordena al alférez provisional que ardentemente desea ofrendarla, cansado de la orgía en retaguardia: "Morir es obedecer" (según pinta García Suárez en "Legión 1936").

No hace un mes que Marañón ha señalado nuestro defecto, y él mismo, en el Ateneo de Madrid, ha declarado que el saber es no sólo saber, sino también saber dudar. SABER DUDAR de nuestro porvenir. Porque es duro. Por estar impregnado de dificultades. Por presentar matices desconocidos hasta el presente en la vida española. Y nuestra consigna, a pesar de ello, es estudiar. Lo problemático del futuro está no en nosotros, sino en las circunstancias que nosotros no hemos creado.

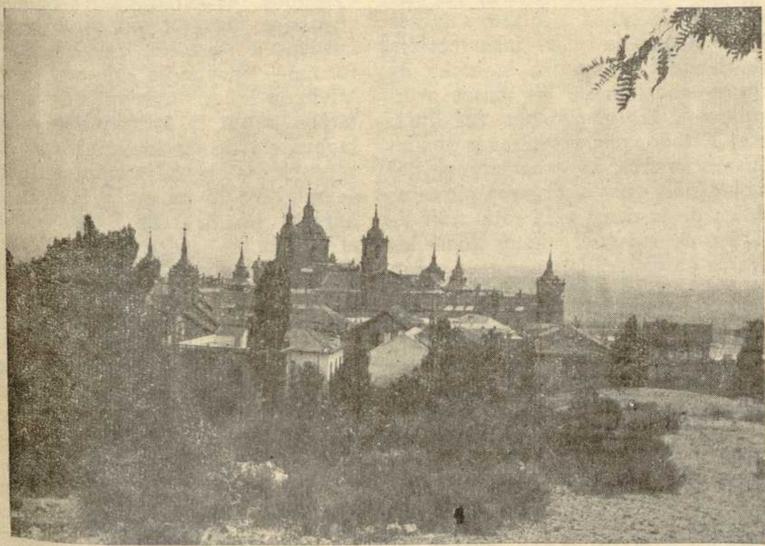
Existe una juventud de un vigor insufrible, fraguado, ya que no en la trinchera—no nos quiso Dios para tal honor—, en la rigidez corpórea que da un espíritu sano, de pureza cristiana, de estímulo minoritario en el deber, de divinización de actos. De sobremesa en colegio mayor y de apretar la sandalia de peregrino camino de Santiago y luego de Roma.

Muchos somos oficiales de complemento y nos ligará para siempre con los caídos del 36-39 esas seis puntas de la estrella de alférez, pronta a encenderse y lucir a la primeras llamada de la Patria oscurecida. Como capitanes, a la vez, de un imperio espiritual hispánico con realidad palpitante.

A nuestro lado están los hombres que, como nosotros en nuestras profesiones, sienten ansias de justicia. Y a ellos hemos de redimir, puesto que ningún mal les hemos hecho, para el trabajo y la fe. Redención extensiva también del egoísmo a los que se hicieron poderosos sin apenas acuarlo. No queremos justificar nuestra conducta con la del prójimo que nos pincha ni con "no puede ser" y "no queda otro remedio".

La primera mitad del siglo XX española presenta el desenlace de una etapa de convulsiones políticas, de balbuceos literarios y de iniciaciones económicas. En este forcejeo, trivial muchas veces, han existido

(Continúa en la página 2.)



Mérida del siglo VIII a cuyo lado figuraba un diácono de la Iglesia fenicia.

En las mismas condiciones y fechas que las de Al-Casiri actuaron también en España los beneméritos hijos de la Iglesia maronita: Elías Chediak y Juan Sus o Suza, de quienes se conservan muchos manuscritos en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Quién fué Al-Casiri

De los muchos con quien hablé de él, no pocos lo tenían por un español de la vieja época—como sucedió a uno de los nuestros el creer que Loaisa, español coleccionador de concilios, fuese un libanés precisamente del pueblo conocido por este nombre y famoso en la historia jurídica de nuestra Iglesia, "Alloaisa".

Como se ve claramente en la portada de su "Biblioteca Arábigo-

su permanencia en Roma como alumno de la Propaganda—, destacándose sobre todas las del Padre Francisco Rávago, S. J., antiguo maestro de Al-Casiri en Roma.

La "Biblioteca Arábigo-Hispana escurialensis..."

El mismo P. Rávago, como confesor del rey Fernando VI, le conseguiría en 1748 el encargo de estudiar y catalogar los manuscritos árabes de la Biblioteca de El Escorial, encargo que el señor Al-Casiri cumplirá estupendamente. Vivía ordinariamente en Madrid, viniendo a trabajar en El Escorial en determinadas épocas del año, sumando al terminar su catálogo dos años de continuo trabajo. Entre 1760 y 1770 publica los dos magistrales tomos in folio de su "Biblioteca... librorum omnium manuscriptorum

(Continúa en la página 4.)